

Lunes 10:45

Jaume Fiol Roig

Estudiante de Filosofía

Pontificia Universidad Católica del Perú

Perú

No recuerdo cual es el nombre de ese hombre, no creo que tampoco sea importante. Ha empezado el descanso y se ha ido a la barandilla de estribor a fumar, como cada día. Se metió aquí a trabajar a cambio de que lo dejáramos en Colombia cuando termináramos la temporada de pesca. Ninguno de nosotros sabe nada de Colombia, excepto lo que dicen los periodistas, aunque dudo que estos tengan por costumbre contar verdades, después de todo, les pagan por ello.

Hace semanas que el cielo está gris, pero tampoco me importa, nos acostumbramos rápido. Y ese hombre sigue fumando, ha encendido el segundo con la colilla del primero, aún sabiendo que el tabaco escasea y nos quedan semanas de viaje. No es un hombre de muchas palabras, no es mudo, pero si lo fuera no sería muy diferente. Creo que es francés. Puede que haga como yo, y piense sobre los demás tripulantes en el descanso, o puede que no le importe, eso no cambiaría nada. A veces se le ve feliz, cómo un pensador sin ideas propias, o triste como un navegante sin puerto. Pero normalmente, como hoy, tiene una expresión ambigua; esa expresión es la misma que debo poner yo, los días en que me voy a dormir sin haber hecho nada. Esos días que pasan y que no quedarán en tu memoria porque sabes que han sido inútiles, suelen ser la mayoría, debería odiarlos, pero me da igual.

Me gustaría decir que la gente que hay en este barco es diferente a mí, o a ese tipo, pero no estoy seguro. Hay que ser valiente para vivir en un barco, parece una cárcel rodeada de agua. La mayor parte de los tripulantes están aquí voluntariamente, aunque no sé si él también. Vino escapando de algo, o

buscando algo, o ambas cosas; puede que todos hayamos venido aquí por eso. Hay gente como el conmaestre, sin familia y amante del vino, pero también gente como el capitán con esposa, hijos, y miembro de un club de golf. Tenemos algo en común, que no es ni este barco, ni nuestro odio hacia esa porquería que el cocinero llama comida. Ellos lo llaman amor al mar, aunque no sé si es en sentido literal, o más bien una buena metáfora.

Se termina el descanso. Han sido cinco minutos, dónde no ha pasado nada, de eso se tratan los descansos aquí. Mientras Isaac le dice en broma: “¡Cuidado con la barandilla, si te resbalas te vas a ahogar!”. El hombre responde para sí mismo: “Eso tampoco cambiaría nada”. El tipo de la barandilla se retira a su puesto, igual que yo.